

ELENA ROMÁN

Tengo manos

Soy la mujer sin manos. La que en vez de limarse las uñas se abrillanta los muñones. Porque nací sin manos he tenido que salir a buscarlas y luchar por ellas. Todas las noches cavo con los dientes la negra tierra de los cementerios. Porque no tenía manos, tengo ahora no dos ni cuatro sino tantas como he necesitado. Abro un cajón del armario, introduzco los brazos hasta los codos, tengo manos; unas manos blancas de finísimos dedos, suaves, manos para un piano. Abro otro cajón y me pruebo las manos marrones, llenas de callos y heridas, sin uñas o rotas; son las manos de trabajar. En ese cajón guardo las manos anchas y rosas, calientes, que huelen a caricias y a postres, manos de madre, madre... Pero si hay unas manos con las que me identifico plenamente y con las que quisiera morir, son éstas que llevo puestas: manos sin dedos, palmas estériles, cinco vacíos. La posibilidad de coger algo (tengo manos). La imposibilidad de retenerlo (no tengo dedos).

Gafas de sol

Como no he dicho la verdad

(lo cual habría simplificado bastante las cosas),

ahora no sé qué excusa les he dado a los vecinos

para deambular todo el día con gafas de sol.

Porque, conociéndome, puedo haberles dicho a unos

que me golpeé un ojo contra una aspirina

y a otros que padezco irritación ocular debido a mi alergia a los azulejos

o que llevo noches sin dormir porque sufrí un accidente en los párpados

y me los escayolaron, imposibilitando su cierre y los sueños con reptiles,

o que sorprendí a un ladrón manipulando mi colección de lagunas

atravesadas por alfileres con post-its demográficos,

quien, al verse descubierto, me atacó con una oscuridad plegable

para terminar desvalijándome los ladridos de la calle y una cerilla...

Cualquier patraña menos reconocer, en vez de perder

el tiempo y las energías en ficciones prescindibles,

que de tanto mirar sepelios tras los cristales

se me han quedado incrustados en la mirada

dos añicos negros.

Destrucción de algunos tópicos sobre el espacio

Donde come uno, comen dos.

Frente a un cartel de aforo lleno
es factible levantar las manos
y simular pájaros en vuelo.

El pez no entiende
de peceras ni de límites.

Las constelaciones son útiles
para orientar a los demás, pero
ellas tampoco saben dónde están.

De las semillas de aire

De las semillas de aire

sembradas

la última primavera, hoy

brotan paredes en el jardín.

¿Crecerán a lo alto o a lo ancho?

¿Darán frutos de estuco?

¿Insonorizarán la soledad mía?

Pronto, muy pronto,

o nunca, muy nunca,

nacerán

las más hermosas flores

defectuosas.

Cinérea

Me hablan de la vida
como si tuvieran sus llaves
y estuviera aparcada cerca de aquí.
Me cogen las manos y me las sueltan.
Temen que en algún momento me levante
anunciando que voy a buscar algo,
porque en todos mis cajones,
en todos mis armarios,
hay muertos.
Mis manos son
de la misma materia de lo que tocan:
mis manos son de ceniza.
Por eso quienes me visitan
se despiden de mí sólo de palabra,
sin estrechármelas entre las suyas.
Por eso se despiden de mí.

El lenguaje de los pájaros

El lenguaje de los pájaros me resulta familiar.

Comprendo el mensaje sin descifrar muchas
de las claves que lo componen.

Lo veo flotar en el aire, y no en la rama.

Pero si me dispongo a hablarlo

–porque quiero hacerlo, porque necesito hacerlo–
no se me entiende en ningún idioma.

Álbum de poetas

Fomento a la lectura a través de poetas contemporáneas

